



Henry John Wilkin, uno de los supervivientes de la Carga de la Brigada Ligera. Fue un habilidoso jinete. Murió en 1891. :: R. FENTON / BIBLIOTECA DEL CONGRESO

Una guerra suicida

Crimea, conquistada por el príncipe Potemkin en el siglo XVIII, sufrió el asedio de franceses, británicos y turcos en 1854

■ JAVIER MUÑOZ

Cuando el príncipe Potemkin arrebató a los turcos la península de Crimea en 1783, el territorio fue colonizado con campesinos rusos, mientras un buen número de tártaros salía corriendo hacia el este. Potemkin, que era el amante de Catalina la Grande, fue nombrado gobernador de la región y complació a la emperatriz levantando la ciudad de Sebastopol, el enclave donde, tres siglos después, una flota rusa continúa atracada, y paga un alquiler al Gobierno de Kiev. ¿Qué pasará ahora?

La historia se detuvo hace siglos en el Mar Negro, la salida natural de Rusia al Mediterráneo, pero adopta formas caprichosas en cada época.

En 1783, Ucrania figuraba entre las posesiones del imperio ruso. Las tierras que lindaban con la recién anexionada Crimea y la propia península habían formado un espacio común en la Antigüedad que se llamaba Táuride, escenario del sacrificio de Ifigenia, hija del rey Agamenón de la Guerra de Troya, según la mitología griega. Táuride fue escogida por Catalina la Grande en 1787 para organizar un viaje propagandístico al que fueron invitados representantes de otras potencias: el emperador austriaco, José II; el rey de Polonia, Stanislas Poniatowski, el nuevo embajador francés, conde de Ségur... Se publicó incluso una guía turística, pero también corrió el rumor de que el príncipe Potemkin había levantado gigantescos decorados, poblaciones de car-

tón, para exagerar la colonización rusa.

La emperatriz rechazó de plano esas acusaciones y se enorgullecó especialmente de los avances de Sebastopol. Allí los rusos habían aprovechado el puerto natural de la bahía de Akhtiarskaya para construir una base naval. El encargado de llevar a cabo el proyecto fue un ingeniero inglés, Samuel Bentham, hermano del filósofo

Jeremy Bentham, el padre del utilitarismo.

Un siglo más tarde, los ingleses reaparecieron en Sebastopol, pero resueltos a destruir lo que su compatriota Bentham había diseñado. El motivo fue la guerra de Crimea (1853-1856), que enfrentó al zar Nicolás I con una coalición formada por Gran Bretaña, Francia y Turquía. A grandes rasgos, podría decirse que las tres potencias pretendían impedir que Rusia culminara lo que Catalina la Grande empezó: arrebatarse Constantinopla a Turquía y conseguir un acceso libre al Mediterráneo, posibilidad que solo de pensarla hacía temblar a la reina Victoria en Londres.

El diario 'Times' desempeñó un papel crucial en la decisión de la reina y del primer ministro, Lord Aberdeen, de enfrentarse al zar y

El conde de Cardigan, que dirigió el ataque, era «un absoluto imbécil arrogante»

poner asedio a Sebastopol. La ocasión la ofreció la batalla naval de Sinope, donde Rusia atacó por sorpresa a la flota turca y la destruyó casi por completo. Cuatro mil marineros otomanos se ahogaron, y la prensa inglesa publicó que los habían rematado cuando imploraban ayuda a merced de las olas. «Las multitudes se congregaron en Londres para exigir que se pasara a la acción en contra del zar Nicolás», escribe Terry Brighton en su libro 'El Valle de la Muerte' (Edhasa), un ensayo sobre la famosa carga de la Brigada Ligera contra las baterías rusas cerca de Sebastopol.

Aquella acción suicida, fruto de una orden equivocada del mando británico —mal entendida además—, tuvo lugar el 25 de octubre de 1854 durante la batalla de Balaclava. El diálogo entre los jefes y oficiales es hoy inseparable de la historia de Crimea.

«¿Atacar, capitán? ¿Atacar qué? ¿Qué cañones, capitán?», preguntó aquel día el conde de Lucan, jefe de la división de caballería británica. El capitán Nolan, del 15º de Húsares, apuntó a las posiciones rusas situadas al fondo del valle norte. «¡Allí, señor, está vuestro enemigo! ¡Allí están vuestros cañones!».

Precursora de la Enfermería

El escritor y militar Bryan Perret, autor de 'Cueste lo que cueste' (Salvat Editores, 2001), ofrece un retrato inmisericorde del hombre que encabezó el ataque, el conde de Cardigan, a quien describe como «un absoluto imbécil arrogante y violento de la peor especie», que ha dado su nombre al tipo de jersey que acostumbraba a ponerse. Sus hombres merecen, en cambio, respeto. «Ayudados por la disciplina y el orgullo que sentían por sus regimientos, se tragarón el miedo lo mejor que pudieron», relata Perret.

De la arrogancia de Cardigan fue testigo el que se considera primer corresponsal de guerra, William Howard Russell, enviado por el 'Times' con la expedición británica. En Crimea coincidió con Florence Nightingale, precursora de la Enfermería, aunque su hospital de Scutari se levantaba sobre unas cloacas y a decir verdad disparó la mortalidad entre los enfermos y heridos.

También se escribió en Crimea la historia de la fotografía. El responsable fue Roger Fenton, el fotógrafo más reconocido de los que cubrieron el conflicto. Aunque sus escenas de aquella contienda no tienen nada que ver con el trabajo de los reporteros de guerra actuales. ¿Tendrán que volver los fotógrafos a cubrir una guerra en Crimea en el siglo XXI?